

MUJERES SIN ARGOLLAS

Si todavía vivieras, mamá, yo no hubiese podido acudir esta mañana a la plaza del pueblo. Una tempestad de palabras ácidas, de gestos histéricos, todo lo que eras capaz de poner en juego cuando perseguías un propósito, lo habrían impedido. Porque Curra Británica, con su sonrisa abierta como un chaparrón de besos, con ese cuerpo, con esos ojos que descorren las cortinas del amanecer, seguiría siendo una bofetada para tu orgullo.

Pero tú ya no estás, tu espíritu terco no puede sobreponerse al mío y allí me encontraba, casi extinguida entre una enorme masa bulliciosa, entre un oleaje estúpido de rostros, aprisionada y satisfecha. Confieso que me pesaba en los ojos tu fotografía, los pliegues sin pecado de tus vestidos negros, que todavía me quedan residuos de aquel pudor imbécil que inyectabas en mi vida, pero hoy, por vez primera, he vencido tu imagen asfixiante. Si, mamá, hoy he considerado seriamente que los muertos, cuando se marchan dejando una puerta cerrada, jamás regresan para abrirla.

¿Y por qué no, si hasta el párroco era comparsa, siempre con la sonrisa pegada al objetivo de las cámaras, junto a la diosa pagana, invocando un protagonismo que no le correspondía? Hay cosas que una no puede querer sin darle el cerrojazo a la historia. Ahora pienso que lo tuyo tampoco estuvo demasiado claro, que también eras víctima de otra madre más lejana, que aquellas reglas de juego ocultaban un fondo de egolatría.

En vez de hacerme mujer, una mujer decidida y equilibrada como Paquita Estrada, has añado todas las cosas a mi primera estatura.

¡Tú y tu sentido monocolor de la vida! Los mandamientos, hija, la salvación de tu alma. Y aquí me tienes, con el alma más limpia que una lluvia, pero soltera, un pelotón de carne inédita alrededor de la soledad, de estos visillos donde hasta el nombre se me esta arrugando. Perdona, mamá, pero somos demasiado insignificantes dentro de lo infinito. ¿Quién iba a necesitar el luto de nuestros corazones? Hasta ella, hija de humildes campesinos, escasa de pan y de cultura, comprendía mejor que tú la verdad metafísica de los seres humanos, el diagnóstico de amor que cada mañana pronuncia la tierra.

Por eso ya no me atemoriza tu mirada, tu figura hierática como si te hubieses tragado un cirio. ¡Anacrónico orgullo! ¿Quiénes éramos nosotras, di, sino dos mujeres acomodaticias vegetando a la sombra de una nómina de funcionario? Si papá viviera, no hubieses conseguido tu objetivo. Paquita y yo ~~seguiríamos siendo amigas y esta mañana me habría dado un~~ abrazo muy fuerte delante de todos, esa inyección de privilegio que nos inflama por dentro como un globo de feria. ¡Qué pena que nunca me hayas dado un amor sin espuelas! Perdona mis lágrimas, mamá, pero nos queríamos sinceramente, con ese estilo suelto que las mentes conducidas no pueden comprender. Tú manchaste aquella alegría, pusiste entre ambas la barrera de las clases sociales, ridículas en un villorrio como el nuestro donde todo se repite indefinidamente, y hoy, ya lo ves, yo he sido el cauce a través del cual te llega su venganza.

Ella era comunicativa y yo hermética como un mochuelo de plástico; ella se echaba a las espaldas el involucionismo del pueblo y yo parecía el estuche del decálogo; pero ahí está ella, presidiendo una cena de gala en su honor, y aquí estoy yo, consumiéndome dentro de estos vestidos baratos que parecen un campo sombrío, galanteada exclusivamente por la madera vieja que gime en la alcoba, en esta casa semejante a los cementerios sin muertos.

¿Las terciarias franciscanas, las que tanto significaban en tu entorno, las que te cerraron los ojos, ya de espaldas mucho antes a la vida? ¿Quién lo iba a decir, mamá! También su aroma casto se diluía entre los adoquines de la plaza, intrigantes, marisabidillas, adulando y aplaudiendo la sonrisa de Curra Británica, esas pupilas que hacen bello todo lo que miran, la cintura de cáñamo, la lluvia permanente de su pelo, aquellos senos armoniosos bailando bajo la calva de los concejales.

Ahora, mamá, delante de tu fotografía, de ese rostro donde jamás podría reconocirme, de ese amago de sonrisa que siempre ~~se quedaba en gesto, no sé si fueron mejores tus manos,~~ siempre en actitud piadosa, o las tuyas que removían el perfume de la vida. ¿Te empujaba el proselitismo, una sincera inquietud de apostolado o era envidia de su cuerpo con sabor a brisa, de una distinción genética que ya entonces sobrepasaba nuestro contexto pueblerino? Curra encendía un sentimiento armónico, la luz que resiste a la noche y esto quedaba fuera de vuestro círculo inalterable.

Y una cobarde yo, una niña tímida, asustadiza que no supo romper aquella atadura enérgica. Ella estaba hastiada de esta gente, del odio del pueblo, un odio intenso que se reflejaba

en las aceras, en los ojos de los perros callejeros, pero tu semblante orgulloso, tu desdén, tu negativa a nuestro trato fue lo que acabó de derrumbarla. Y una tarde fría, cuando bajaba la lluvia como el resoplido de un toro y todas las formas eran difusas, yo la vi alejarse camino de la estación. Sola iba, terriblemente sola cuando tanto necesitaba de una mano amiga.

¿Qué delito había cometido, mamá?; ¿qué amor mercenario hubo nunca en aquella casa?; ¿Qué reproche merece la gente sencilla que cada día se cumple en la tierra? Te juro que me alegro enormemente de los sucesos de hoy: me alegro por ella, por sus hermanos, por sus padres. Debieras haberlos visto en la ceremonia del recibimiento. Todos estaban en un primer plano, orgullosos, adulados, requeridos por los fotógrafos, importantes. ¿Y los periodistas? Parecía que no hubiese en todo el país una familia tan encumbrada como aquella.

- ¿Cómo era de niña?: ¿sus gustos, sus juegos, sus platos favoritos?

¡Sus platos favoritos!... Ahora va a resultar que estos mesegueros comen todos los días a la carta. Esta noche, si; esta noche se abomba la cornucopia de la abundancia. Desde aquí se escucha el bullicio, el tintineo de los brindis, mientras me muerdo las uñas y las horas se van quedando amontonadas en el calendario como una lluvia de trapos viejos. Nadie podría describir el banquete con mayores detalles que el párroco, tu amigo y consejero, pues entre manjares anda, aplaudiendo, ratificando el acta del último pleno del ayuntamiento donde se nombra a la diva hija predilecta del pueblo y se rotula con su nombre a la calle que la viera nacer.

Porque ha venido a eso, a deslumbrarnos, a pisotear nuestras pupilas rotas, a descubrir una placa que la va a perpetuar entre nosotros. ¿Hubiera pisado de nuevo estas calles por otro motivo? Nunca. ¡Si lo sabré yo que la conozco como nadie! Muchas veces ella lo decía:

- Este pueblo me rechaza porque nunca fuimos coincidentes. Y llevaba razón, mamá. Desfase hubo entonces y mayor desfase sigue habiendo todavía. Esta mañana han quedado bien marcadas las diferencias. Todos estaban apiñados en la plaza: los cacicones, por vez primera salpicados entre los acegueros; la gente joven agitando pancartas con entusiasmo; los niños, sentados en las uves de los árboles como pájaros que presienten el alba; también los de la tercera edad. ¡Oh los viejos, qué babosos! Debieron quedarse en casa por ética y por estética, ser fieles a su antigua postura de intransigencia, pero no, allí estaban todos, escombros del tiempo, con fuego en los ojillos de galápagos, a codazos para verla más de cerca. Estas escenas, mamá, son las que definen preferencias en el espectáculo de la vida.

~~Es imposible que alguien olvide lo que aquí ha sucedido hoy.~~

Paquita Estrada, sin esfuerzo, discretamente, nos ha achicado con su elegancia, su belleza, su armonía y ese algo que nadie sabe concretar y a todos cautiva, también a mí, que me encontraba entre el gentío como una boba, comprimida por el repliegue humano que los guardias forzaron para que avanzara sin agobio.

Y como una idiota también ahora, bajo la mnemotécnica de mis horas artificiales, escuchando a través de las persianas el murmullo festivo de los comensales. ¡Pobres tontos! Ellos no lo saben pero su gesto de acatamiento los ridiculiza. ¿La

estrella máxima, la insigne hija local? Eso debieron descubrirlo antes, desde el anonimato, como lo hicieron los ingleses cuando llegó a Londres como moza de comedor, lampo fulgurante bajo mandiles y aljofifas. Ha hecho bien en cambiar su apellido por el de Británica. Británicos son los que desempolvaron su talento, su calidad.

Perdona, mamá, pero es posible que nunca más te prolongues en mi espíritu a través de esa fotografía. Una tarde cualquiera haré la maleta y otras muchachas verán mis pasos por el camino de la estación. ¿Hacia qué lugar, hacia qué meta? A donde el destino me lleve, a trabajar, a querer a un hombre hasta olvidar que existo, tal vez a fundar un club de fans de Curra Británica.

Porque tú, mamá, estás definitivamente muerta.